

LAS UNIVERSIDADES DE LA IGLESIA EN ESPAÑA *

Este acto, que estamos celebrando, no es un reconocimiento de méritos como vosotros, por delicadeza, lo habéis presentado.

Es, simplemente, la proclamación y el testimonio público de una «tarea común» que hemos realizado durante varios años, en un clima de perfecta inteligencia y hasta de auténtica amistad, en la que vosotros y yo hemos trabajado con interés y con afán para consolidar la vida de este Centro Universitario y para asegurar su futuro.

Lo importante en esta decisión que habéis tomado no son los servicios —ni demasiados ni muy importantes, por otra parte— que yo os he podido hacer como Presidente de la Conferencia Episcopal o como Gran Canciller de esta Universidad Pontificia. Apenas si he podido prestaros la mínima atención que esta institución merecía. Eran muchos y complicados los problemas que reclamaban mi atención y mi tiempo durante los años en que ejercí estos cargos por elección de mis hermanos en el episcopado.

Pero pudisteis convenceros, ya desde el principio, de que asumía con gozo y esperanza la misión que me confiaron. Quise fomentar el entusiasmo en vuestra entrega a la investigación teológica, confiando plenamente en vosotros. Incluso solicité en varias ocasiones vuestra colaboración de teólogos profesiones y hasta de pensadores. Estaba convencido de que los obispos necesitábamos de vuestra ayuda en el ejercicio del ministerio, especialmente, en la época difícil en la que nos ha tocado vivir.

La verdad es —lo digo con absoluta sinceridad— que yo he reci-

* Lección doctoral pronunciada por el Cardenal el 3 de mayo de 1984 en el Aula Magna de nuestra Universidad con ocasión de su investidura como Doctor Honoris Causa en Teología por la misma.

bido mucho más de lo que he dado en mis relaciones con los profesores y alumnos de esta Universidad. Vosotros erais conscientes de la responsabilidad especial que habíais asumido al vincularos jurídicamente a la Conferencia Episcopal y siempre habéis estado dispuestos a aceptar las sugerencias del episcopado y a prestar a los obispos, con generosidad, los servicios que podían pedirlos.

Es cierto —y es éste el significado radical del acto que celebramos— que nos hemos sentido siempre muy unidos y profundamente compenetrados. Nuestras relaciones siempre han sido cordiales. La confianza mútua ha sido siempre perfecta. Puedo decir públicamente que siempre os he considerado como amigos y he estado seguro, al propio tiempo, de vuestra amistad.

Por eso no me ha extrañado —lo confieso— que al tener que dejar, por exigencias de la edad, ese cargo que ostentaba, desapareciendo la relación oficial que mantenía con vosotros, hayáis querido, por este medio, impedir que se rompiesen los vínculos que durante tantos años nos habían unido en un mismo afán.

Esta es para mí la única razón por la que habéis querido admitirme como doctor «honoris causa» en vuestra comunidad universitaria. Ahora podré seguir considerando como propia esta Institución tan querida. Podré seguir considerando como compañeros y amigos a los profesores y alumnos que siempre me habíais distinguido con vuestro respeto y con vuestra amistad.

Y he de reconocer honradamente que vuestro gesto me ha complacido y hasta me ha emocionado. ¡Dios os lo pague!

* * *

Todas las Universidades de la Iglesia que existen en España tienen la misma importancia. Todas están empeñadas en la misma empresa y prestan un servicio necesario al Pueblo de Dios. Todas deben realizar con seriedad y entusiasmo una tarea común en estos tiempos «nuevos y difíciles que estamos viviendo»¹.

Es evidente que en nuestros días —lo diré con las mismas palabras de Juan Pablo II— es indispensable y urgente una *renovación teológica* «tan creativa como fiel, que responda a las directrices del Va-

1 Discurso de Juan Pablo II, en Salamanca, 1 de noviembre de 1982.

ticano II, a las exigencias de la cultura moderna y a los problemas más profundos de la humanidad»².

Estas palabras del Papa se refieren, como es lógico, y con la misma fuerza, a todas las facultades teológicas y aun a todos los teólogos profesionales —todos los cultivadores de las ciencias eclesiásticas, podemos decir con mayor exactitud— que quieran servir eficazmente a la Iglesia y a los hombres en esta coyuntura histórica.

Y es evidente, como decía hace poco tiempo (en un acto parecido al que estamos celebrando), que este objetivo no podría conseguirse sin el esfuerzo conjunto de todos los que, dedicando vuestras vidas a la investigación teológica, estáis preocupados, al propio tiempo, por el desarrollo de la cultura moderna y queréis seguir con interés la evolución que, tanto en el campo cultural como científico, se está desarrollando en nuestros días, porque lo consideraréis como un «reto» de la humanidad actual al que hay que responder con una profundización mayor en la Palabras de Dios y en las características de las nuevas formas de pensamiento y de vida.

«Estoy convencido, decía en aquella ocasión, —de que tan sólo con una colaboración leal y permanente —no me atrevo a llamarla institucional— entre todas las Universidades de la Iglesia, dando cabida en la reflexión a los cultivadores de las otras ciencias y a los representantes más calificados de la cultura, podría hacerse una labor seria y eficaz».

Todos estamos de acuerdo en que es necesario y urgente, como se ha escrito, «encontrar una comprensión renovada del mensaje cristiano». Es indispensable, ciertamente, que consigamos presentarlo «como respuesta de plenitud a las cuestiones fundamentales de la vida humana», como ha dicho el Papa. Y esa es tarea de todos³.

Todas las Universidades eclesiásticas están integradas, además, e integradas dinámicamente, en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Todas merecen, por lo tanto, la misma comprensión, idéntica confianza y parecida ayuda de parte de los obispos. Todas son, ver-

² *Ibid.*

³ Juan Pablo II, discurso a teólogos españoles, 1 de noviembre 1962.

daderamente, «colaboradoras» —y colaboradoras necesarias— del magisterio auténtico.

Al fin y al cabo, como precisaba el mismo Juan Pablo II, «el magisterio y los teólogos, en cuanto deben servir a la verdad revelada, están ligados por los mismos vínculos... Por ello el magisterio y la teología deberán permanecer en un diálogo que resultará fecundo para los dos y para el servicio de la comunidad eclesial»⁴.

Este clima de diálogo —respetuoso, pero cordial, que infunda confianza y y potencie la esperanza— ha de ser constante entre la Jerarquía y las distintas Universidades Eclesiásticas que realizan la investigación teológica en España.

* * *

Existían, sin embargo, razones especiales para que la Conferencia Episcopal prestase un servicio más cercano y más responsable a esta Universidad salmantina sin que esta vinculación, que podríamos llamar preferente, significase un menor aprecio a la magnífica labor que han realizado —algunas de ellas durante muchos años— y siguen realizando las otras Universidades de la Iglesia en nuestra Patria.

Desde el primer momento, por voluntad expresa de su fundador —Mons. Pla y Deniel, obispo a la sazón de esta ciudad— estuvo este Centro bajo el patrocinio de un grupo de obispos. Se quería subrayar, con esta dependencia, el carácter abierto y universalista del mismo, sin condicionamientos de escuela y sin vinculaciones a grupos determinados y concretos dentro de la misma Iglesia.

Este carácter —abierto y ampliamente eclesial— que se le quiso dar desde los comienzos la ponía en condiciones peculiares. No podía contar con la preocupación constante y con el apoyo incondicional —también en el orden económico— que tienen normalmente las otras Universidades que dependen de una Orden Religiosa o de un grupo determinado de católicos. Parecía lógico que el Episcopado, colectivamente, al constituirse la Conferencia Nacional, asumiese una especial responsabilidad, tanto jurídica como económica, para que el «granito de mostaza», plantado con tanta ilusión por el que

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

fue después Arzobispo de Toledo y Primado de España, se transformase en un árbol frondoso.

Si se pretendía, al propio tiempo, con lo que podría llamarse restauración de la célebre Universidad de Salamanca, recoger y cultivar la herencia gloriosa de aquel centro que prestigió extraordinariamente a la Iglesia y a la ciencia española y que fue «centro y símbolo del período áureo de la teología en España, y que desde aquí irradió su luz en el Concilio de Trento, contribuyendo poderosamente a la renovación de toda la teología católica»⁶, como subraya el mismo Papa en el discurso que dirigió a los teólogos españoles en esta misma Casa, era también oportuno que la Conferencia Episcopal asumiese ese patronazgo, hasta por imperativos históricos; por prestigio nacional.

Mi presencia y mi vinculación como Gran Canciller a esta Universidad se debió precisamente a esa responsabilidad colectiva del episcopado que elegía al que la había de representar y debía actuar en su nombre y con su autoridad.

* * *

No pretendo hacer una «lección Académica», como dice el Programa. Ni una «lección doctoral» como parece propio en un nuevo doctorando. Soy consciente de mis limitaciones en este aspecto. No soy teólogo profesional. Es difícil —prácticamente imposible— hermanar la investigación teológica —incluso el estudio serio de la teología— con el ministerio episcopal que es cada día más absorbente. Mis últimos años de episcopado, sobre todo, no me facilitaban la serenidad, el silencio y ni aun el tiempo que son indispensables para dedicarse con afán al cultivo de esa ciencia. Además, es distinto el carisma de los maestros al de los teólogos, aunque los dos sean complementarios.

Yo no puedo hablaros más que como obispo. Deseo tan sólo hacer una reflexión en voz alta sobre las Universidades de la Iglesia, tal como yo creo que deben ser y actuar en los actuales momentos.

Quizá porque no me he podido dedicar durante los últimos años al estudio de la teología, he podido comprobar mejor la necesidad que tenemos los obispos —y todo el Pueblo de Dios— de la colabo-

⁶ *Ibid.*

ración de los teólogos y demás cultivadores de las ciencias eclesiásticas. Especialmente, cuando la «humanidad se encuentra en una nueva época de su historia» y la Iglesia ha hecho un esfuerzo sorprendente en el Concilio Vaticano II y se hace indispensable la actualización del mensaje de Cristo para que se adapte a las necesidades y exigencias de hoy.

I

La antigua Universidad de Salamanca no fue tan sólo «centro y símbolo del período áureo de la teología en España». En ella, no sólo se profesaban los estudios propiamente eclesiásticos, aunque ellos tuviesen una primacía lógica, tratándose de una Universidad de la Iglesia.

No se había introducido todavía la dicotomía entre cultura secular y religiosa, entre ciencia civil o profana y ciencia eclesiástica.

En las Universidades que creaban los Papas —también en la de Salamanca— se profesaban todos los saberes: todas las ramas del conocimiento y de la investigación científica. Por eso en nuestra Universidad, junto a teólogos y juristas insignes, que consiguieron un renombre universal, enseñaron también los cultivadores de otras ciencias, especialmente, grandes humanistas que, lejos de sentirse coaccionados por las exigencias de la fe o por la actitud de la Iglesia, encontraban en sus mismas creencias y en el apoyo de la Jerarquía, una libertad y una fuerza especiales para sus investigaciones.

Se consiguieron en verdad, en aquellos tiempos, con la cooperación de filósofos y de otros humanistas, unos frutos espectaculares que fueron reconocidos y admirados en todo el mundo. Incluso se ha llamado a aquella época la «edad de oro», no sólo de la teología, sino también del humanismo español.

Es un hecho, por ejemplo, que no debe olvidarse y que habla con extremada elocuencia del prestigio de nuestros científicos, —teólogos, biblistas, filósofos y humanistas en general— que de las tres grandes Políglotas que se publicaron en el mundo en los siglos XVI y XVII, dos fueron realizadas en España: La políglota de Alcalá o Complutense (1514-1517) y la Biblia de Arias Montano (1569-1572).

Por eso no es extraño, como comentaba el Papa en el mismo discurso, que los maestros de aquella Universidad «junto con la vuelta

a las fuentes —la Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición— realizaran la *apertura a la nueva cultura* que estaba naciendo en Europa y a los *problemas humanos* (religiosos, éticos, políticos) que surgieron con el descubrimiento de mundos nuevos en Occidente y en Oriente; la dignidad inviolable de todo hombre, la perspectiva universal del derecho internacional (*ius gentium*) y la dimensión ética como normativa de las *nuevas estructuras socioeconómicas* entraron plenamente en la tarea de la teología y recibieron de ella la luz de la revelación cristiana»⁷.

Este diálogo se hizo cada vez menos frecuente, hasta llegar a la ruptura en los siglos posteriores. Se inicia, primero, para consumarse después, una separación entre los estudios teológicos y bíblicos, por una parte, y las ciencias humanas, por otra. Una separación que se convierte finalmente en un auténtico divorcio.

Desaparecen de las Universidades las ciencias llamadas eclesiológicas hasta provocar, a lo largo del tiempo, una disociación, casi una ruptura, entre Fe y Cultura, entre Ciencia y Religión, entre teología y humanismo, que ha producido efectos negativos en las dos vertientes del saber.

Incluso se institucionalizó esa separación como si se tratase de un progreso científico —en nombre de la autonomía de la ciencia con grave perjuicio para todos. Porque «la síntesis entre cultura y fe, como recordaba el mismo Papa, no es sólo una exigencia de la cultura sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida»⁸.

Y si esa situación era peligrosa entonces, lo es de una manera especial cuando se ha producido en el mundo una «revolución global que da creciente importancia, en la formulación del pensamiento, a las ciencias matemáticas, a las ciencias naturales y aun a las ciencias humanas; y, en el orden práctico, a la técnica y a las ciencias de ella derivadas». Cuando «el espíritu científico modifica profundamente el ambiente cultural y las maneras de pensar»... que «ejerce también su influjo sobre la vida religiosa» como señaló el Concilio⁹.

El problema se presenta con características más graves —yo me atrevería a decir alarmantes— entre nosotros, en España. Porque

7 Juan Pablo II, en la Complutense de Madrid, 3 de noviembre de 1982.

8 *Gaudium et Spes*, n.º 5.

9 Homilía en Misa del peregrino, Santiago, 9 de noviembre de 1982.

esa revolución global, a que se refiere el Concilio, ha producido en nuestro pueblo una auténtica *crisis nacional*.

Nuestra historia había sido interpretada tradicionalmente desde un punto de vista religioso. Las costumbres de nuestra sociedad estuvieron configuradas por el catolicismo. Nuestra cultura secular apenas si puede entenderse desde posturas ajenas al cristianismo.

Era lógico que la nueva cultura secular —que se convirtió pronto en «secularista», produjese una reacción incontrolada y hasta anárquica, al establecer una separación radical entre Iglesia y sociedad, entre fe y ciudadanía, entre ética civil o ciudadana y moral católica. Porque, hasta entonces, todas las instituciones humanas y la misma vida pública se había apoyado en el reconocimiento explícito o en la aprobación implícita de los valores cristianos, específicamente católicos. El choque entre las dos concepciones ha resultado dramático.

Por razones explicables, además, nos ha faltado la contrapartida de una reflexión profunda en el campo de la teología. Y la verdad es que estamos asistiendo ahora a una verdadera crisis de identidad nacional.

Juan Pablo II pudo decir en Compostela que «la fe cristiana y católica... constituye la identidad del pueblo español»¹⁰. Realmente había sido así a lo largo de muchos siglos de su historia.

Ahora, sin embargo, las nuevas creaciones culturales y morales nos obligan, no sólo a encontrar una nueva forma de encarnación de la fe y de la vida cristiana en los modos actuales de pensamiento y de vida, sino a reorientar nuestra identidad nacional a la luz de unos principios que puedan constituir el patrimonio identificador de todos los españoles. Que no signifiquen una ruptura con el pasado —el pasado en un patrimonio glorioso que ninguna sociedad consciente y responsable puede dilapidar— pero que consigan que nuestro pueblo pueda entrar en la modernidad.

Hasta tal punto se han convulsionado los fundamentos de nuestra vida cristiana que «algunos militantes cristianos, como ha escrito un teólogo, han corrido el peligro de identificarse a sí mismos como tales cristianos, más por su militancia socio-política concreta y por su oposición a la Iglesia jerárquica (que, a su juicio, mantenía la postura anterior), que por su condición de creyentes»¹¹.

10 Homilia en Misa del peregrino, (Santiago de Compostela, 9 nov. 1982).

11 Martín Velasco, *La religión en nuestro mundo*, p. 51.

Es evidente, a mi juicio, que, como consecuencia de ese seísmo que ha conmovido los cimientos de nuestra vida cristiana y de nuestro ser nacional, son bastantes ahora los que pretenden absolutizar—incluso desde un punto de vista evangélico— la cultura secular.

Se ha pasado de un radicalismo a otro con esa facilidad que manifestamos los españoles para las conductas extremistas. Si, antes, se confería a las afirmaciones religiosas y a las formas políticas que, al parecer, estaban al servicio de la Iglesia, un valor absoluto y definitivo en todos los órdenes de la vida, ahora se está absolutizando lo secular en todos los aspectos, hasta dentro de la misma Iglesia.

Todo ello ha creado un clima de revancha —aunque en muchos sea inconsciente— que está aflorando últimamente en los órganos públicos de expresión y de comunicación social. Parece que se intente demostrar que el cristianismo es un fenómeno del pasado que no tiene un lugar adecuado en esta cultura secularista que deja marginada la misma idea de Dios y que olvida todo lo que no puede ser contrastado empíricamente.

Es verdad, como decía yo mismo en otra ocasión, que esas dificultades: «las incertidumbres teóricas y prácticas, los conflictos estrictamente eclesiales y políticos, han provocado la reacción positiva en muchas conciencias, han estimulado la reflexión de nuestros teólogos, han originado el nacimiento de muchas iniciativas apostólicas comunitarias y están comenzando a despertar la responsabilidad de muchos cristianos».

«Todo esto me hace pensar —afirmaba también en la misma ocasión, que estamos ahora mismo viviendo una etapa donde son necesarias y empiezan a ser posibles, algunas realizaciones importantes que significarían un enriquecimiento religioso y misionero de la Iglesia y un gran servicio por parte de los católicos a la pacificación, la estabilidad y la prosperidad de la sociedad española entera»¹².

Y es en este contexto histórico, difícil pero esperanzador, en el que hemos de reflexionar sobre la misión específica que corresponde a las Universidades de la Iglesia.

II

Se ha escrito que «la Iglesia española carece hoy de sentido de profesionalidad teológica y se alimenta de la afición». Aunque me

12 «La Iglesia en España, hoy», Conferencia Club Siglo XXI, 28.VI.1978.

parecen excesivamente duras estas palabras hemos de reconocer que se han cometido ciertos fallos —algunos muy graves— en estos últimos años que han permitido que apenas exista en España una reflexión teológica original.

La planificación de las facultades teológicas no ha sido la óptima. La dotación económica de las mismas y aun de las Universidades eclesiásticas ha sido tan escasa que casi resulta milagrosa su pervivencia. No se han fomentado suficientemente las vocaciones para la investigación teológica y, en general, eclesiástica. No ha existido una confianza mutua entre teólogos, biblistas y obispos que despertase en los profesionales entusiasmo y esperanza en la preparación del futuro.

Yo creo, sin embargo, que, a pesar de esos fallos que todos reconocemos, se ha iniciado entre nosotros una revalorización de los estudios teológicos y «hemos asistido al renacer de la Biblia en España» como se ha escrito. Apesar de los pocos medios con que hemos podido contar y de que no se daba la debida importancia a esa labor en la misma comunidad cristiana, estoy convencido de que se ha producido un progreso bastante notable que abre el corazón a la esperanza.

Es normal que estos comienzos sean difíciles y que hayamos de recurrir principalmente a autores extranjeros, tanto en el campo de la teología como de la investigación bíblica. Pero podemos pensar seriamente en un desarrollo progresivo que todos hemos de potenciar. Los momentos actuales del mundo y de España están pidiendo mucho más. Y lo hemos de conseguir entre todos.

* * *

Es necesario que concibamos nuestras Universidades como centros universales de conocimiento en los que, como se hacía antiguamente, pueden convivir, dialogar y contrastar sus hallazgos los cultivadores de todas las ciencias; siendo indispensable para ello que se procuren medios suficientes, también económicos, sin los que sería posible esa realidad.

Es indispensable que se cree un clima de diálogo y de sincera colaboración entre los cultivadores de los distintos campos del saber y que el intercambio entre las varias Universidades de la Iglesia y

la conexión entre sus Facultades sirva de base para un diálogo amplio y fecundo entre fe y cultura, entre ciencias divinas y humanas, al que puedan sumarse todos los investigadores y todos los científicos.

Nuestros teólogos habrán de estar atentos a los progresos de la ciencia y a los cambios culturales y sociales que se están produciendo en el mundo y en España para poderlos contrastar a la luz de la palabra revelada.

Tendremos que hacer todos un esfuerzo para que se profesionalice la investigación eclesiástica, —teológica, bíblica, etc.— procurando los medios, también económicos, sin los que sería imposible que, aun con la mejor buena voluntad, dedicaseis vuestra vida al estudio y a la investigación, a la reflexión individual y colectiva, sin preocupaciones materiales y con la seguridad de que contáis con el aliento, con el estímulo y con la confianza, no sólo de los obispos, sino de toda la comunidad cristiana.

Me da la impresión de que hemos dedicado nuestros mejores afanes y casi todo nuestro tiempo a lo que, en cada momento, nos parecía urgente descuidando lo que en estas circunstancias es fundamental mirando al futuro.

Hemos de convencernos de que nuestra sociedad futura no será cristiana si no acertamos a descifrar el *misterio del hombre*, tal como se presenta en la cultura moderna, a la luz del misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre» que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana»¹³.

Este es, a mi juicio, el gran «reto» que nuestra comunidad cristiana —y nuestra sociedad un tanto convulsionada de la que formamos parte— lanza, y creo que desesperadamente, a la Iglesia y, especialmente, a sus Universidades.

¿Cómo podremos conseguir que, no sólo los obispos, sacerdotes y religiosos, sino todos los miembros del Pueblo de Dios en España se convenzan de que lo verdaderamente fundamental en este tiempo de cambio acelerado es la reflexión serena y profunda —estrictamente científica— sobre esos problemas básicos que han de preparar a nuestros cristianos para el año 2.000 y que esta reflexión no puede

13 Juan Pablo II, discurso en Salamanca, 1 de octubre de 1982.

realizarse con las suficientes garantías más que en un ambiente universitario?

Nos hacen falta, es verdad, vocaciones sacerdotales y religiosas. La comunidad cristiana y la misma humanidad están necesitando urgentemente de cristianos que, llamados por Dios, hagan de su vida una entrega total a los hombres para acercarlos al Padre. Y, gracias a Dios, parece que se esté superando la crisis vocacional que hemos padecido durante algunos años.

Pero ¿se escandalizará alguien si me atrevo a afirmar rotundamente que lo que más necesitamos en estos momentos, que podemos llamar cruciales; lo que es, en verdad, indispensable mirando al futuro de la Iglesia y de la humanidad; lo que tenemos el deber de promocionar todos con el máximo interés, —humanamente es cuestión de vida o muerte, aunque sé que siempre hemos de contar con los planes de Dios y con la intervención del Espíritu— es potenciar decididamente las Universidades Eclesiásticas para que se sientan arropados en ellas los teólogos, los biblistas, los filósofos y juristas cristianos, verdaderamente vocacionados que están dispuestos —y encuentren las suficientes facilidades— su tiempo y su misma vida a esa labor que el mismo Papa ha considerado como urgente y absolutamente necesaria?

Y estas vocaciones, que exigen una entrega total —más árdua y aun más difícil que la entrega pastoral— no surgirán fácilmente si no logramos convencer de su trascendencia a todo el pueblo cristiano, y no nos responsabilizamos unos y otros en hacerlas posibles con nuestra confianza y nuestra ayuda.

¿Será verdad, como ha escrito un profesor de esta Universidad, que «en la Iglesia española, tras años de conversión a la tarea de colaboración con el mundo, de cultivo de profesiones temporales, de integración en instituciones docentes del Estado, de cultivo de los saberes racionales de la realidad y dedicación pastoral a tareas inmediatas, está agonizando la pasión teológica y desapareciendo las vocaciones para este menester»? ¹⁴.

Si esto es cierto, nos encontraríamos en una situación extremadamente difícil y habríamos olvidado ese «seguir al mundo en su

14 O. González de Cardedal, 'La teología y otros saberes en la misión de la Iglesia', en *Al servicio de la Iglesia y del pueblo. Homenaje al Cardenal Tarancón en su 75 aniversario* (Madrid 1984) p. 275.

carrera, hasta lograr alcanzarlo» que fue el objetivo del Vaticano II según la interpretación de Pablo VI.¹⁵

Si esto fuera cierto, estarían marcados con el signo de la esterilidad todos los esfuerzos que hemos venido realizando en estos últimos años para preparar a nuestras comunidades cristianas de cara al futuro y asegurar la mediación eficaz de la Iglesia y del cristianismo en la nueva situación mundial y española.

Porque la acción pastoral ha de estar siempre animada por la reflexión teológica. Es la palabra de Dios, desentrañada o interpretada por el estudio, la reflexión y la oración, la que ha de dar vida a toda la acción evangelizadora de la Iglesia que no puede fundarse en estrategias humanas o en conocimientos racionales sino que ha de estar siempre inspirada y animada por la luz de la palabra revelada que los investigadores cristianos nos han de proporcionar según las peculiares necesidades de cada momento histórico.

No cabe duda de que las Universidades de la Iglesia adquieren, a la luz de estas reflexiones, una importancia decisiva y capital y que todos tenemos el deber de potenciarlas para que puedan cumplir su misión que adquiere especialísima relevancia en estos momentos históricos.

Conclusión:

Perdonadme, profesores y alumnos de esta Universidad, representantes e invitados de otros Centros Superiores, si mi lección académica se ha reducido a una simple reflexión pastoral.

Es ésto lo único que yo podía aportar. Y creo que es mi deber decirlo públicamente, cuando, libre ya de los condicionamientos que llevan siempre consigo los cargos públicos, puedo reflexionar, como obispo, con mayor libertad e independencia.

Dios quiera que nuestras Universidades Eclesiásticas de hoy sean capaces de crear una nueva «edad de oro» de la teología, de los estudios bíblicos, filosóficos y jurídicos y del humanismo cristiano. No olvidemos, sin embargo, que esto ha de ser obra de todos.

✠ VICENTE CARDENAL ENRIQUE Y TARANCON

15 Discurso de clausura, Concilio Vaticano II, 7 de diciembre de 1965.